

Homilía de II Domingo de Pascua

Año litúrgico 2010 - 2011 - (Ciclo A)

“¿Porque me has visto has creído? Dichosos los que crean sin haber visto”

Introducción

Como en todos los domingos del año este segundo de Pascua ilumina con la Resurrección del Señor nuestras celebraciones y nuestros propósitos. Es día de mucha fiesta, de acción de gracias, de reconocimiento de la obra del Señor; si se quiere con un poco más de fiesta por la cercanía, en el calendario, del gran prodigio de la Resurrección.

Ante un misterio tan insondable necesitamos acercarnos a él todas las veces que sea posible, ya que estamos llamados a participar, y... porque lo terrenal pesa demasiado. En los primeros siglos del cristianismo en un domingo como hoy los bautizados, en la noche de Pascua, asistían con sus vestiduras albas a la celebración solemne. El sacramento del Bautismo es la clave para sentirnos inmersos en todo lo que hoy vamos a celebrar.

Tal vez nos convenga para poder comenzar a vivir realidades echar una mirada retrospectiva a la cuaresma pasada para ver nuestros esfuerzos de conversión/purificación, es decir, nuestro “cambio de mentalidad” en el deseo de seguir a Jesús. Ciertamente que un mínimo cambio ya es pascual y si no hay otro inconveniente el Señor hará el resto, tal como lo veremos hoy en nuestra celebración, actualizando lo que sucedió con aquel pequeño grupo de los apóstoles. El Señor Resucitado se manifestó a la Magdalena y a Pedro y Juan desde el sepulcro vacío, igualmente a los discípulos de Emaús, y luego a los Discípulos. Situaciones muy particulares: la pecadora arrepentida, los discípulos que se regresan decepcionados y los apóstoles encerrados por miedo a los judíos. Ahora les saluda con la Paz y les enseña las manos y el costado. Aún en medio de sus miedos y temores van a vivir una experiencia trascendental para sus vidas y para el futuro de la Iglesia. Dios quiera que la podamos vivir nosotros y sea testimonio y servicio en el arduo quehacer de la Iglesia HOY.



Fray Francisco M.ª. García O.P.
Casa de Ntra. Sra. de Montesclaros

Lecturas

Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 2, 42-47

Los hermanos perseveraban en la enseñanza de los apóstoles, en la comunión, en la fracción del pan y en las oraciones. Todo el mundo estaba impresionado, y los apóstoles hacían muchos prodigios y signos. Los creyentes vivían todos

unidos y tenían todo en común; vendían posesiones y bienes y los repartían entre todos, según la necesidad de cada uno. Con perseverancia acudían a diario al templo con un mismo espíritu, partían el pan en las casas y tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón; alababan a Dios y eran bien vistos de todo el pueblo; y día tras día el Señor iba agregando a los que se iban salvando.

Salmo

Sal 117, 2-4. 13-15. 22-24 R/. Dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia

Diga la casa de Israel: eterna es su misericordia. Diga la casa de Aarón: eterna es su misericordia. Digan los fieles del Señor: eterna es su misericordia. R/. Empujaban y empujaban para derribarme, pero el Señor me ayudó; el Señor es mi fuerza y mi energía, él es mi salvación. Escuchad: hay cantos de victoria en las tiendas de los justos. R/. La piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular. Es el Señor quien lo ha hecho, ha sido un milagro patente. Éste es el día que hizo el Señor: sea nuestra alegría y nuestro gozo. R/.

Segunda lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Pedro 1, 3-9

Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor, Jesucristo, que, por su gran misericordia, mediante la resurrección de Jesucristo de entre los muertos, nos ha regenerado para una esperanza viva; para una herencia incorruptible, intachable e inmarcesible, reservada en el cielo a vosotros, que, mediante la fe, estáis protegidos con la fuerza de Dios; para una salvación dispuesta a revelarse en el momento final. Por ello os alegráis, aunque ahora sea preciso padecer un Poco en pruebas diversas; así la autenticidad de vuestra fe, má preciosa que el oro, que, aunque es perecedero, se aquilata a fuego, merecerá premio, gloria y honor en la revelación de Jesucristo; sin haberlo visto lo amáis y, sin contemplarlo todavía, creéis en él y así os alegráis con un gozo inefable y radiante, alcanzando así la meta de vuestra fe: la salvación de vuestras almas.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 20, 19-31

Al anoecer de aquel día, el primero de la semana, estaban los discípulos en una casa, con las puertas cerradas por miedo a los judíos. Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo: «Paz a vosotros». Y, diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió: «Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo». Y, dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: «Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos». Tomás, uno de los Doce, llamado el Mellizo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Y los otros discípulos le decían: «Hemos visto al Señor». Pero él les contestó: «Si no veo en sus manos la señal de los clavos, si no meto el dedo en el agujero de los clavos y no meto la mano en su costado, no lo creo». A los ocho días, estaban otra vez dentro los discípulos y Tomás con ellos. Llegó Jesús, estando cerradas las puertas, se puso en medio y dijo: «Paz a vosotros». Luego dijo a Tomás: «Trae tu dedo, aquí tienes mis manos; trae tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente». Contestó Tomás: «Señor mío y Dios mío!». Jesús le dijo: «¿Porque me has visto has creído? Bienaventurados los que crean sin haber visto». Muchos otros signos, que no están escritos en este libro, hizo Jesús a la vista de los discípulos. Estos han sido escritos para que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre.

Comentario bíblico

¡Señor mío y Dios mío!

Desde el año 2000 la Congregación del Culto Divino y de los Sacramentos ha añadido, a la denominación de IIº Domingo

de Pascua, la expresión "o de la Divina misericordia", por expreso deseo del Papa Juan Pablo II. No obstante, el segundo domingo de Pascua se le conoce popularmente en la liturgia por el domingo de Santo Tomás, ya que en los tres ciclos, el evangelio del día, con la escena de Tomás, se determina el sentido y la fuerza de las lecturas. En estos domingos, hasta Pentecostés, el ciclo de Mateo deja paso al evangelio de Juan, para que éste, con su teología y con su espiritualidad, sirva de pauta y catequesis a las comunidades cristianas que celebran la resurrección.

Iª Lectura: Hch 2,42-47 Compartir los bienes, compartir la vida

I.1 El texto de Hechos 2,42-47 es uno de los famosos sumarios, una síntesis, de la vida de la comunidad que el autor de los Hechos, Lucas, ofrece de vez en cuando en los primeros capítulos de su narración (ver también Hch 4,32-37;5,12-16), para dar cuenta de la vida de la comunidad y para proponer a los suyos un ideal que debe ser el modelo de la Iglesia.

I.2. ¿Vivió así la comunidad primitiva? Sin duda que sí, pero sin necesidad de llegar a pensar que todo era perfecto y no había problema alguno. Los había y grandes. Es posible que en el "compartir", las cosas estuvieran más claras que en otros aspectos ideológicos que poco a poco van a ir surgiendo. Los «helenistas» (Hch 6,1-6), no obstante, se quejaban de que sus pobres y viudas estaban más desasistidos.

I.3. Este texto de las cuatro perseverancias es especialmente significativo después del acontecimiento de Pentecostés y del discurso de Pedro. Es una consecuencia casi inmediata para definir la praxis cultural y religiosa de la comunidad que nace en Pentecostés. Las cuatro "perseverancias" que Lucas propone (ἐσαν δὲ proskarteroûntes=eran perseverantes): aceptar la enseñanza de los apóstoles, en la koinonía, en la fracción del pan y en la oración, son todo un itinerario. Tiene varias interpretaciones, pero está claro, en principio, que la enseñanza de los apóstoles es la predicación, que mueve al grupo a la "comunidad", a la "eucaristía" y a la "oración".

I.4. Lucas en este texto ha tratado de enlazar acciones que son propias de la comunidad cristiana (las cuatro perseverancias primeras) con otras actitudes religiosas y piadosas del judaísmo, como es su asistencia al Templo (v. 47), que contrasta con el "repartir el pan por las casas". En este caso se puede pensar en las comidas fraternas para los pobres que podían terminar con la "fracción del pan" o eucaristía.

I.5. Si debiéramos subrayar alguna cosa especial sería la afirmación de que no había pobres entre ellos. Es la consecuencia de la koinonía (comunidad), que no es solamente algo espiritual, sino también social y práctico. O, en todo caso, es una consecuencia de la koinonía espiritual. Este ideal lucano es una expresión de lo que significa y es una iglesia de comunión. No podemos afirmar que Lucas esté pensando en una igualdad económica; no es ese el planteamiento. Sí podemos hablar, con pleno derecho, de solidaridad como consecuencia de la comunión y la renuncia a los bienes de algunos en favor de los pobres.

IIª Lectura (1Pe 1,3-9) Sin haberle visto le amáis

II.1. La primera carta de Pedro es un escrito a los que viven en la "dispersión" y, sin duda, en la "persecución". No es necesario detenernos en su "autor", que no es necesariamente el Apóstol Pedro. Es claro que esa es la situación que viven los cristianos a los que se dirige este escrito

II.2. En un tono solemne comienza el texto que hoy sirve de IIª Lectura que proclama, ante todo, la resurrección de Jesús. Y es esa resurrección la que fundamenta la "esperanza" cristiana. No puede ser de otra forma, ya que es la resurrección el acontecimiento que hace posible vencer a la muerte y vencer toda dificultad en la vida y en la persecución de los que han aceptado a Cristo.

II.3. Por eso, la llamada a la fe, que es una confianza en el "poder" de Dios, determina lo que se nos dice en los vv. 8-9. Y de esta manera, pues, se ha pretendido enlazar con la enseñanza final del evangelio de hoy sobre Tomás y la bienaventuranza de "creer sin ver".

IIIª Lectura (Jn 20,19-31): ¡Señor mío!

III.1. El texto es muy sencillo, tiene 2 partes (vv. 19-23 y vv. 26-27) unidas por la explicación de los vv. 24-25 sobre la ausencia de Tomás. Las dos partes inician con la misma indicación sobre los discípulos reunidos y en ambas Jesús se presenta con el saludo de la paz (vv. 19.26). Las apariciones, pues, son un encuentro nuevo de Jesús resucitado que no podemos entender como una vuelta a esta vida. Los signos de las puertas cerradas por miedo a los judíos y cómo Jesús las atraviesa, "dan que pensar", como dice Ricoeur, en todo un mundo de oposición entre Jesús y los suyos, entre la religión judía y la nueva religión de la vida por parte de Dios.

III.2. El "soplo" sobre los discípulos recuerda acciones bíblicas que nos hablan de la nueva creación, de la vida nueva, por medio del Espíritu. Se ha pensado en Gn 2,7 o en Ez 37. El espíritu del Señor Resucitado inicia un mundo nuevo, y con el envío de los discípulos a la misión se inaugura un nuevo Israel que cree en Cristo y testimonia la verdad de la resurrección. El Israel viejo, al que temen los discípulos, está fuera de donde se reúnen los discípulos (si bien éstos tienen las puertas cerradas). Será el Espíritu del resucitado el que rompa esas barreras y abra esas puertas para la misión. En Juan, "Pentecostés" es una consecuencia inmediata de la resurrección del Señor. Esto, teológicamente, es coherente y determinante.

III.3. La figura de Tomás es solamente una actitud de "antiresurrección"; nos quiere presentar las dificultades a que nuestra fe está expuesta. Tomás, uno de los Doce, debe enfrentarse con el misterio de la resurrección de Jesús desde sus seguridades humanas y desde su soledad, porque no estaba con los discípulos en aquel momento en que Jesús, después de la resurrección, se les hizo presente, para mostrarse como el Viviente. Este es un dato que no es nada secundario a la hora de poder comprender el sentido de lo que se nos quiere poner de manifiesto en esta escena: la fe, vivida desde el personalismo, está expuesta a mayores dificultades. Desde ahí no hay camino alguno para ver que Dios resucita y salva.

III.4. Tomás no se fía de la palabra de sus hermanos; quiere creer desde él mismo, desde sus posibilidades, desde su misma debilidad. En definitiva, se está exponiendo a un camino arduo. Pero Dios no va a fallar ahora tampoco; Jesucristo, el resucitado, va a «mostrarse» (es una forma de hablar que encierra mucha simbología; concretamente podemos hablar de la simbología del "encuentro") como Tomás quiere, como muchos queremos que Dios se nos muestre. Pero así no se "encontrará" con el Señor. Esa no es forma de "ver" nada, ni entender nada, ni creer nada.

III.5. Tomás, pues, debe comenzar de nuevo: no podrá tocar con sus manos la heridas de las manos del Resucitado, de sus pies y de su costado, porque éste, no es una «imagen», sino la realidad pura de quien tiene la vida verdadera. Y es ante esa experiencia de una vida distinta, pero verdadera, cuando Tomás se siente llamado a creer como sus hermanos, como todos los hombres. Diciendo «Señor mío y Dios mío», es aceptar que la fe deja de ser puro personalismo para ser comunión que se enraíce en la confianza comunitaria, y experimentar que el Dios de Jesús es un Dios de vida y no de muerte.



Fray Miguel de Burgos Núñez
(1944-2019)

Pautas para la homilía

“Los hermanos eran constantes en escuchar la enseñanza de los apóstoles, en la vida común, en la fracción del pan y en las oraciones” (Hc 2, 42-47)

La comunidad es fruto del Cristo Resucitado; va construyéndose por el esfuerzo de la persona y el grupo de los creyentes para rastrear los signos que evidencian la presencia del Señor, pero sobretodo por la acción del Espíritu que lo hace posible. Creer sin haber visto es la exigencia, la fidelidad a la Palabra el camino, el compartir con la comunidad es la meta y la esperanza abierta.

Llama la atención la actitud de los “hermanos” por su “constancia en escuchar las enseñanzas de los apóstoles, en la vida común, en la fracción del pan y en las oraciones”.

Por medio de los apóstoles hablará el Señor; ellos son los enviados para cumplir con la misión de enseñar. A ellos les toca proponer los contenidos de la fe porque fueron testigos de todo lo sucedido en torno al Señor. Predicaban con tanta autenticidad que “todo el mundo estaba impresionado por los muchos prodigios y signos que hacían”. A la vez conviene juntar la consecuencia de vivir la Palabra: vivir en intensa comunión y perseverar en ella; ponían todo lo que poseían a disposición de la comunidad y repartiendo a cada uno según sus necesidades. Hay dos cosas más que definen a la comunidad como cristiana: la oración y la eucaristía; es la fuente de gracia y presencia del Señor Resucitado. La vida de la comunidad de por sí se antoja como ideal: “comían juntos alababan a Dios con alegría y de todo corazón, eran bien vistos por el pueblo, y el Señor iba agregando al grupo los que se iban salvando”.

“Digan los fieles del Señor: eterna es su misericordia” (Sal 117, 4)

Invitación a la comunidad para dar gracias a Dios porque su misericordia eterna llega hasta nosotros HOY. Y a la vez reconocer el poder de Dios para reducir nuestros problemas e implantar una fuerza superior hasta la victoria. Sólo Dios puede hacer maravillas como las que contemplamos hoy en la Resurrección de su Hijo.

“Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo” (1ª de Pe 1, 3-9)

Lo primero que se ocurre a Pedro es dar gracias a Dios y bendecir su nombre por el gran acontecimiento. Después reconocer que es obra de su misericordia y que por la Resurrección del Señor “nos ha hecho nacer de nuevo para una esperanza viva, para una herencia incorruptible, pura e imperecedera”. Importante animación el saber que la fuerza de Dios custodia nuestra fe. Por todo ello invitación a la alegría aún en medio de pruebas y sufrimientos. Termina el texto que leemos hoy: “no habéis visto a Jesucristo y lo amáis; no lo veis y creéis en él; y os alegráis” porque habéis alcanzado la meta de vuestra salvación.

Meditemos esta bella confesión de Pedro pensando en toda su biografía: desde el pescador de Galilea hasta ahora edificando a sus hermanos con toda su experiencia ante el Señor Resucitado.

“¡Señor mío y Dios mío!”... (Jn 20, 19-31)

La aparición tiene lugar en una casa, con las puertas cerradas, por miedo a los judíos. Ahí y en ese estado espiritual va a llegar el Cristo Resucitado. Es consolador que el Señor llegue incluso en esos estados. Pienso que sería conveniente pensar en todo lo que se dice en el evangelio a propósito de la vida del Señor con los discípulos antes de la Resurrección: su paciente enseñanza, lo que vieron y oyeron de él, los milagros, su comportamiento en la Crucifixión... Y ahí, tal vez, vernos nosotros.

El saludo es el propio del Señor y en este caso repetido, lleno de énfasis, les mostró las manos y el costado (aquel cuerpo glorificado lleva las señales de la Pasión) y directamente pasa a manifestar lo que ya antes les había manifestado: “Como el Padre me ha enviado, así también os envié yo”. Y acto seguido: exhaló el aliento sobre ellos, les dio el Espíritu Santo y los envió para ejercer el ministerio de la reconciliación.

Después viene el encuentro con Tomás que no había estado cuando vino el Señor. Sus compañeros se lo comunican y él manifiesta su incredulidad de una manera un poco sádica: “Si no veo en sus manos la señal de los clavos, si no meto el dedo en el agujero de los clavos y no meto la mano en costado, no lo creo”. Nuevamente el Señor manifiesta su paciencia misericordiosa y a los ocho días que estaban otra vez los discípulos reunidos y esta vez con Tomás también, se dirige a él y le dice: “Trae tu dedo, aquí tienes mis manos; trae tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente”. Tomás cayó rendido y dijo: “¡Señor mío y Dios mío!”. Esta es la confesión perenne de todos los creyentes. El Señor sentenció: “¿Por qué me has visto has creído? Dichosos los que crean sin haber visto”; aquí el Señor se dirige a toda la Iglesia y llega hasta nosotros. La enseñanza es patente: creer no es asimilar una doctrina, sino creer en una persona, Jesús, muerto y resucitado, que vivió una experiencia con los apóstoles y que ellos nos han transmitido en un ministerio que ellos inauguran y que llega hasta nosotros por la Iglesia. Toda la vida de la Iglesia está plagada de signos: unos escritos en el libro y otros escritos por la vida de Jesús y sus creyentes; “El que crea en mí hará las obras que yo hago y aún mayores”.

Celebremos todos estos acontecimientos actualizándolos en nuestras personas y en nuestras comunidades.

Ahora algunas conclusiones

Vamos ahora a tratar de insistir en algunos aspectos de los textos comentados que nos sirvan para actualizar la Eucaristía de este domingo.

En primer lugar nos fijamos en cómo las celebraciones comenzaron a hacerse periódicas: los apóstoles y los que se iban sumando a los grupos se reunían en domingo porque era el día del Señor. Era la vida de la comunidad. La aparición de Cristo es en su Cuerpo, pero transformado; se aparece “estando cerradas las puertas”. No obstante aquel Cuerpo lleva las llagas de la Pasión. El Señor con su presencia y su Palabra crea un ambiente que provoca la fe y la alegría de los discípulos; se está operando en ellos una sorprendente transformación. El evangelista San Juan en todo su evangelio va detrás de las acciones y palabras de Jesucristo mediante las cuales despierta e inculca la fe. Juan en el caso que nos ocupa lleva esta dinámica hasta un cenit insuperable y queda como la clave de su evangelio y deja para los creyentes el reto que enfrenta la fe en el Resucitado con las dudas, objeciones, excusas... que nos angustian. Tomás, rendido, exclama “¡Señor mío y Dios mío!” El Señor aprovecha para clarificarnos el camino: “Porque has visto has creído. Dichosos los que crean sin haber visto”.

Esta confrontación es básica para plantearnos con rectitud de conciencia el ingreso en la celebración.

Y el Señor continúa con la Paz. Una Paz que para los apóstoles ya fue distinta del “salón” de los judíos; sería una Paz como primer don del Espíritu, y una alegría motivadora para todo lo que habría que emprender. El Señor deja caer su propósito como una cascada de compromisos que, aunque estaban felices por ver al Señor Resucitado, por otra parte no salían de su asombro. Creo que en toda celebración es necesario ponerse “en lugar de”, con todo detalle de que seamos capaces; en este domingo junto con las emociones de los apóstoles pongamos las nuestras, renovemos junto con ellos nuestra fe en el Resucitado, sintiendo codo con codo a nuestro hermanos, escuchando con el corazón la Palabra y hasta donde nos sea posible poder decir con Tomás ¡Señor mío y Dios mío!... Que al final de la Eucaristía sintamos el envío, la misión, que el Señor nos confía.

La carta de Pedro nos sugiere el estar atento a la vez del Papa y de nuestros Prelados que nos guían desde una visión más amplia.

En esta época florecen en nuestras comunidades los dones del Señor a través de los Bautizos y Confirmaciones, las Primeras Comuniones, las Bodas... A veces se nos critica de demasiado ritualistas o de caer en modos de celebración con un mucho de social y poco de espíritu cristiano...; todo puede ser cierto, pero en cada uno está el darle un giro a nuestra vida cristiana y su celebración y no quedarnos en excusas.

Sería conveniente resaltar siempre y en este tiempo más todas aquellas cosas que la iglesia hace bien como Cáritas, Manos Unidas, las Misiones, los Centro de Reeducción, Orfanatos, Voluntariado... y colaboración con instituciones que sirven y ayudan. Y por supuesto aquellas que desde la profesión, la familia y en la sociedad van dando testimonio de haber celebrado al Resucitado.



Fray Francisco M.ª. García O.P.
Casa de Ntra. Sra. de Montesclaros

Evangelio para niños

II Domingo de Pascua - 1 de Mayo de 2011



Apariciones a los discípulos

Juan 20, 19-31

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

Al anoecer de aquel día, el primero de la semana, estaban los discípulos en una casa con las puertas cerradas, por miedo a los judíos. Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo: -Paz a vosotros. Y diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió: -Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo. Y dicho esto exhaló su aliento sobre ellos y les dijo: -Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos. Tomás, uno de los Doce, llamado el Mellizo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Y los otros discípulos le decían: Hemos visto al Señor. Pero él les contestó: -Si no meto el dedo en el agujero de los clavos y no meto la mano en su costado, no lo creo. A los ocho días estaban otra vez dentro los discípulos y Tomás con ellos. Llegó Jesús, estando cerradas las puertas, se puso en medio y dijo: -Paz a vosotros. Luego dijo a Tomás: -Trae tu dedo, aquí tienes mis manos; trae tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente. Contestó Tomás: -¡Señor mío y Dios mío! Jesús le dijo: - ¿Porque me has visto has creído? Dichosos los que crean sin haber visto. Muchos otros signos, que no están escritos en este libro, hizo Jesús a la vista de los discípulos. Estos se han escrito para que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su Nombre.

Explicación

A los ocho días de resucitar, Jesús se apareció a los apóstoles, pero faltaba uno Tomás. Al llegar él, le contaron todos a la vez lo de la aparición. Pero Tomás les dijo: -Explicádmelo todo lo que queráis, pero si no toco sus heridas de las manos y del costado, no creeré que es él. Ocho días después llegó Jesús y le dijo a Tomás: -¿Toma mis manos y mi costado. Tomás exclamó: -¡Señor mío y Dios mío! Y Jesús le dijo: -¿Has tenido que ver para creerme? Mejor habría sido que hubieras creído en sus palabras.

Evangelio dialogado

Te ofrecemos una versión del Evangelio del domingo en forma de diálogo, que puede utilizarse para una lectura dramatizada.

SEGUNDO DOMINGO DE PASCUA – “A”(Jn. 20, 19-31)

NARRADOR: Estaba anocheciendo. Por la mañana corrieron rumores de que el cuerpo de Jesús había desaparecido del sepulcro. Pedro y Juan lo confirmaron. ¿Será verdad que ha resucitado? Los discípulos se han reunido en una casa... Tienen miedo a los judíos. Han cerrado bien las puertas. De pronto...

JESÚS: ¡Paz a vosotros!

APÓSTOLES: ¡Es Él! ¡Es Jesús! ¡Ha resucitado! ¡Era verdad!

JESÚS: ¡Paz a vosotros! Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo. Recibid el Espíritu Santo... A quienes

perdonéis los pecados les quedan perdonados... y a quienes se los retengáis, les quedan retenidos.

NARRADOR: Jesús desapareció de su vista. Al momento se oyeron unos golpes en la puerta. Alguien llamaba. ¿Quién será...? ¡Es Tomás!

TOMÁS: ¿Qué os pasa? Tenéis cara de asustados.

APÓSTOL 1º: ¡Ha venido el Maestro! ¡Sí, se nos ha aparecido!

APÓSTOL 2º: Sí, sí, ha hablado con nosotros.

TOMÁS: Si no veo en sus manos la señal de los clavos, si no meto el dedo en el agujero de los clavos y no meto la mano en su costado... no lo creo.

NARRADOR: Así quedaron las cosas. No pudieron convencer a Tomás de que Jesús había resucitado. A los ocho días estaban otra vez reunidos los discípulos y Tomás entre ellos. Las puertas seguían cerradas por miedo a los judíos, cuando... aparece Jesús.

JESÚS: ¡Paz a vosotros! ¡Paz a vosotros! Tomás: Trae tu dedo, aquí tienes mis manos. Trae tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente.

TOMÁS: ¡Señor mío y Dios mío!

JESÚS: ¿Porque me has visto has creído? Dichosos los que crean sin haber visto.

NARRADOR: Muchos otros signos, que no están escritos en este libro hizo Jesús a la vista de sus discípulos. Estos están escritos para que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios y, para que creyendo, tengáis vida en su nombre.

Textos: Fr. Emilio Díez y Fr. Javier Espinosa

Dibujos: Fr. Félix Hernández